

DICIEMBRE 2023
Nº173

Adoradores

Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.



Como Dios quiera:

¡Atención adoradores! Esta es una invitación a dejarse moldear y abandonarse en la santa voluntad del Padre celestial. Pag 12 y 13.



Jesús en la Eucaristía por calles de Nueva York:

Por tercer año miles de católicos participaron de una procesión con el Santísimo Sacramento por por las concurridas calles de Manhattan. Pag 16 y 17

Recibir dignamente a Jesús:

Una hermosa oración de san Ambrosio de Milán -a quien recordamos este 7 del mes-, para rezar antes de comulgar, y que nos ayudará a profundizar en el hermoso misterio de la Sagrada Eucaristía. Pag. 21 y 21



Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscritas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Vigilantes en la oración

Preparemos nuestro corazón para acoger al Salvador, que vendrá a mostrarnos su misericordia y a darnos su salvación.



“El Señor viene”. Con esta certeza emprendemos el itinerario del Adviento, preparándonos para celebrar con fe el acontecimiento extraordinario del Nacimiento del Señor. Durante las próximas semanas, día tras día, la liturgia propondrá a nuestra reflexión textos del Antiguo Testamento, que recuerdan el vivo y constante deseo que animó en el pueblo judío la espera de la venida del Mesías. También nosotros, vigilantes en la oración, tratemos de preparar nuestro corazón para acoger al Salvador, que vendrá a mostrarnos su misericordia y a darnos su salvación.

A la “vigilancia”, que por lo demás es la palabra clave de todo este período litúrgico, nos exhorta la página evangélica “Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor” (Mt 24, 42). Jesús, que en la Navidad vino a nosotros y volverá glorioso al final de los tiempos, no se cansa de visitarnos continuamente en los acontecimientos de cada día. Nos pide estar atentos para percibir su presencia, su adviento,

y nos advierte que lo esperemos vigilando, puesto que su venida no se puede programar o pronosticar, sino que será repentina e imprevisible. Sólo quien está despierto no será tomado de sorpresa. Que no os suceda -advier-te- lo que pasó en tiempo de Noé, cuando los hombres comían y bebían despreocupadamente, y el diluvio los encontró desprevenidos (cf. Mt 24, 37-38). Lo que quiere darnos a entender el Señor con esta recomendación es que no debemos dejarnos absorber por las realidades y preocupaciones materiales hasta el punto de quedar atrapados en ellas. Debemos vivir ante los ojos del Señor con la convicción de que cada día puede hacerse presente. Si vivimos así, el mundo será mejor.

Preparémonos para acoger al Señor que viene continuamente a nuestro encuentro en los acontecimientos de la vida, en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad; preparémonos para encontrarlo en su venida última y definitiva. (Benedicto XVI)



ADORADORES

Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, perseverare en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



La santa voluntad de Dios

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

La gran ley de santidad, siempre verdadera y perfecta, siempre fecunda en obras, es la ley de conformidad con la santa y siempre amable voluntad de Dios.

La voluntad de Dios ante todo, por encima de todo, en todo y en todos: he ahí la perfección máxima a la que deben estar subordinados todos los demás medios de salvación.

Me alegro al saber que han hallado esta rica vena de gracia, de paz y de alegría en el Espíritu Santo.

Como niños en brazos de su madre

Establezcamos un gran principio: Vayan a Dios, a sus obligaciones, al prójimo, con espíritu de amor, de amor a su santísima voluntad actual y porque así lo quiere Dios.

Entonces todo se convertirá en un ejercicio uniforme de esta divina voluntad. Serán dirigidos por esta amable voluntad divina y permanecerán en libertad sobre todo lo demás.

No tendrán más que una norma de conducta: Dios lo quiere, Dios no lo quiere, Dios no quiere más.

Para conseguir el espíritu de este principio, habrán de orar y meditar algunos días sobre su excelencia; lean algún libro que de él hable, como el Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios, del P. Rodríguez, etc.; formulen frecuentemente algunos actos de amor a esa voluntad que dirige,

acompaña y subsigue a todas nuestras acciones y a todos nuestros estados.

¡Cuán dichoso se siente uno en cualquier lugar teniendo como norma de vida la amorosísima voluntad de Dios! Se está como los niños en brazos de su madre.

Estén cual niños en manos de Dios. Algunas veces su gracia nos lleva en brazos y marchamos gozosos; otras se contenta con darnos la mano y nos vemos obligados a andar, pero es poca la dificultad que se siente en compañía de Jesús. Frecuentemente nos deja marchar solos por el lodo, a través del desierto; pero al momento llamamos al Señor; Él lo hace con todo intento para enseñarnos que nosotros solos no podemos nada.

Otras veces se complace este buen Padre en hacernos experimentar nuestra flaqueza y en tocar al vivo nuestra miseria. Agradezcan, a pesar de todo, gracia tan insigne, prueba inequívoca de su amor para con ustedes.

Sí, queridos míos estén seguros de que Dios los ama muchísimo y con gran desinterés; cifren en ello su confianza.

Pero, sobre todo, tengan bien entendido que todo cuanto hagan no le será agradable en tanto no revista el sello de la renuncia a su voluntad por hacer la suya.

Doy mil gracias a Dios de que, cual Padre amantísimo, cuide de sus almas y de sus vidas.



“Estén cual niños en manos de Dios. Algunas veces su gracia nos lleva en brazos y marchamos gozosos; otras se contenta con darnos la mano y nos vemos obligados a andar, pero es poca la dificultad que se siente en compañía de Jesús.”



Dios vela por ustedes

Invitación a abandonarse en el Señor y descansar en Él.

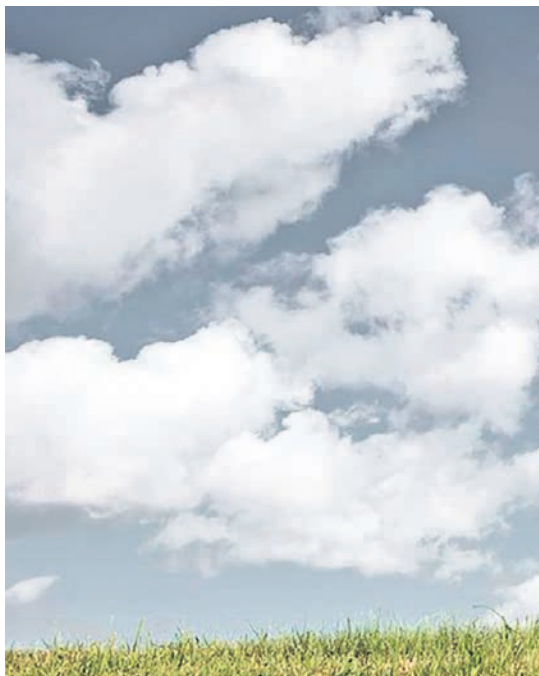
No tengan previsiones inquietas respecto al futuro, ni deseos de una vida más libre, aun para guardar con paz el silencio y recogimiento exteriores, ni tan siquiera para entregarse a la oración. Dejen a nuestro Señor el cuidado de escogerlos, según le plazca, la forma exterior de su vida; acepten todos los acontecimientos personales que les sobrevengan como venidos de su corazón paternal, teniendo presente que el perfecto amor de Dios ama a Dios en Dios, y que va a Dios por el camino más corto: el camino de la entrega total a su santa voluntad de cada momento.

Miren cuán buena, previsora y cuán maternal es la divina providencia.

Confíense a ella; déjenle disponer y hacerlo todo. Duerman tranquilos: Dios vela sobre ustedes y por ustedes.

Pero ¡cuánto cuesta a nuestro corazón morir al “yo” para vivir únicamente de Dios!

Para ayudarnos a morir, Dios remueve cielos y tierra, hace que sobrevengan las flaquezas humanas, las distracciones, las sequedades, las desolaciones, el descontento interior para que nos despojemos de nosotros mismos, y nos coloca en compañía de las criaturas, con todos sus defectos, pasiones, exigencias e importunidades



para que nos obliguen a practicar la dulzura, la paciencia, y nos hagan ver que el centro de la paz se encuentra sólo en Dios.

¡Cuántas veces nos contraría el Señor! Cuando queremos obrar nos manda trabajar en cosas que nos disgustan; cuando queremos estar solos, nos coloca en medio de una sociedad molesta y, por desgracia, muchas veces profana.

Digámosle entonces: “¡Dios mío, padre mío! Vuestra santa voluntad es mi todo y te bendeciré en todo lo que hiciere”.

Descansen con toda paz en Dios, a los pies de nuestro dulce maestro, aceptando y adorando su santa y siempre amabilísima voluntad. Estén siempre alegres en el servicio de Dios; entréguenle en todo momento cuanto son y tienen; reposen tranquilos en su bon-



ADORADORES

“...reposen tranquilos en su bondad; vivan y obren en su amor y habrán dado con la verdadera sabiduría.”



dad; vivan y obren en su amor y habrán dado con la verdadera sabiduría.

¡Cuán dichosa es el alma que vela y duerme amparada por esta maternal providencia divina!

El mayor triunfo del amor

Ver a Dios en todo, ir a Dios en todo, abandonarse del todo a su voluntad actual: he ahí la regla invariable de un alma interior. Dios, su gloria, su santa voluntad es toda la vida del cristiano.

La única dicha de un alma es cumplir la voluntad de Dios, y si esa divina voluntad es crucificante logra el alma el mayor triunfo de su amor.

El hombre mundano sale al encuentro de las cosas, las fuerza y las obliga a que le sirvan. El hombre de Dios aguarda el momento de la providen-

cia, secunda el movimiento de la gracia y se entrega con confianza filial a toda la voluntad presente y futura de Dios, dejando todo el cuidado y toda la gloria a Dios su Padre.

“Dios, la gracia y el tiempo son los tres grandes valores del cristiano. El que cumple la voluntad de Dios en todo momento se encuentra en paz y con fervor.

Permanezcan en este centro divino; vivan de la voluntad de Dios, caminen iluminados por esta luz esplendorosa. Estén seguros de que la amorosa providencia de nuestro Señor vela por ustedes y los guía como la nube del desierto a los hebreos. Ya saben como Moisés y Aarón no trasladaban el arca sino cuando la nube se levantaba e iba delante de ellos.

Entren en el desierto con toda confianza.



Como Dios quiera

Invitación a dejarse moldear y abandonarse en la santa voluntad del Padre celestial.

Nuestro Padre, que está en los cielos, tiene fija su amorosa mirada en nosotros, y su providencia divina lo prevé y lo ordena todo a nuestro mayor bien. Caminen en todo como lo quiera Dios, a la claridad del sol, al resplandor de la luna o de las estrellas, o a tientas en medio de la noche oscura, guiados por el hilo conductor de la obediencia; es esta una norma segura. No cobren la afición a tal o cual medio que los pueda llevar a Dios, sino sólo a Dios y a su voluntad del momento actual. Dejen al divino maestro que los trate de mil maneras, que los atienda o abandone, que los consuele y los aflija como guste; no tengan más consolaciones que las del amor a su divina voluntad.

Vean a Dios, su pensamiento, su deseo, su voluntad en cada cosa. Acérquense cuanto puedan a la vida íntima de Dios por la unión de su corazón y por la adhesión de su voluntad a todo lo que quiera de ustedes en todo momento.

Toda la vida de un alma interior está comprendida en una de estas dos leyes: Dios lo quiere o Dios no lo quiere.

La perfección del amor está en hacer cada cosa como Dios lo quiera y según el espíritu de Dios. Dios no necesita de su trabajo; mas busca su corazón y sus sacrificios.

Esta ha de ser su labor diaria. Glorifi-

carán a Dios no haciendo nada, o mejor todavía, haciendo lo que Él quiera.

¡Ánimo! Déjense conducir por el divino maestro como un niño sin voluntad, sin otro amor que el suyo, que todo lo torna amable.

Procuren no ver, ni oír, ni gustar, ni desear más que la santísima voluntad de Dios de cada instante; tómense la mano de nuestro Señor y díganle: “Llévame por donde quieras”.

¡Qué feliz se siente uno cuando no piensa, ni desea, ni quiere más que una cosa: la voluntad de Dios!

Mediten a menudo sobre esta materia: es la mina de oro de la caridad, el surtidor del amor que da y que recibe.

Señor, Tú sólo eres bueno

Una vez entregados a la voluntad de Dios, no reparen en lo poco que puede la pobre naturaleza humana. Olviden la pobre miseria humana, sus palabras, sus intenciones, sus obras naturales: todo ello no pesa lo que un cabello en la balanza de la divina providencia. Vean en todo lo que Dios quiere de ustedes y los actos de virtud que espera del concurso de su libertad y de su gracia. Sí; el mundo es injusto; siempre lo ha sido, aun con su creador y salvador.

No es el mundo quien recompensa los buenos servicios, ni las cualidades



morales, ni la abnegación cristiana. ¡Cuánto bien hace, en esos momentos de injusticia y de ingratitud, levantar los ojos al cielo y decirse: “Padre mío, hágase tu santísima voluntad; todo ha sido para mí mayor bien y para hacerme ver que Tú sólo eres bueno”!

Si con frecuencia no comprendemos la razón divina de las cosas, lo es para que adoremos el misterio de la divina providencia y seamos de este modo recompensados con creces.

El amor a la voluntad santísima de Jesús vale más que todos los dones y todos los bienes de nuestra voluntad.

La norma suprema de la vida

La santísima voluntad de Dios del momento presente, indicada por la necesidad o la conveniencia de atender al prójimo, es la mayor de las gracias; vale más que todas las obras de celo y aún más que la misma Comunión, porque en ella se cifra toda nuestra santidad.

Debe ser, por tanto, la norma suprema de nuestra vida. Consideren las obligaciones de su estado y de su vida como leyes actuales de la voluntad divina, y las exigencias de sus obligaciones y conveniencias de su posición como señales de dicha voluntad, entréguense generosamente a la divina y amabilísima providencia.

Déjense conducir por los acontecimientos, por las exigencias de su estado y de su deber y, sobre todo, obedezcan al soplo de la gracia. Que su alma, cual vela de un navío, se abra a las suaves influencias de la brisa celestial y se deje llevar de ella. Dejen que nuestro



“Dejen al divino maestro que los trate de mil maneras, que los atienda o abandone, que los consuele y los aflija como guste; no tengan más consolaciones que las del amor a su divina voluntad.”

Señor los lleve como a un niño, sin otro deseo que su santo beneplácito y persuádansé de que no tendrán más que seguir a nuestro Señor que los precede y convencidos que les basta seguir sus huellas divinas.



Unión con sólo Dios

El autor propone dejar al Maestro que conduzca a cualquier orilla y únicamente remar a sus órdenes.

“El aire de la voluntad de Dios es siempre bueno para nuestra navecilla; lleven la vela desplegada y fuertemente amarrada a Jesucristo, que irá delante de ustedes.”

No deben cobrar afición ni a su hogar, ni a su tierra, ni a nada exterior, ni a ustedes mismos, ni aun a las gracias transitorias: todo pasa. Ustedes deben estar unidos tan sólo a Dios, a su santa voluntad actual, porque Dios los ama infinitamente y no quiere sino su mayor bien en todo y mediante todo lo que les suceda.

Por tanto, todo cuanto les aconteciere viene de lo alto, menos el pecado; y así, toda transformación sufrida en su vida ha sido regulada desde lo alto.

El aire de la voluntad de Dios es siempre bueno para nuestra navecilla; lleven la vela desplegada y fuertemente amarrada a Jesucristo, que irá delante de ustedes.

Dejen que Dios conduzca la navecilla a cualquier orilla; a ustedes toca el remar a sus órdenes.

Pero, sobre todo, no se precipiten en los acontecimientos. Estén indiferentes a todo lo que no sea la voluntad de Dios; sean condescendientes y ama-

bles con el prójimo, primeramente con los de su familia.

Sean siempre libres en el deber y en la caridad; sean todo para todos cuando Dios lo quiera. Nada más que Dios y todo para sólo Dios, según la ley del amor.

En la divina voluntad actual y personal encontramos la gracia especial que nos santifica; esta gracia especial está vinculada a cada hora y a cada obra. Una vez pasada la hora, el tiempo de la obra; deja de comunicárenos la gracia.

¡Cuán bella y fácil es la regla del amor! Conténtense con la santísima voluntad actual de Dios.

Estén dispuestos a todo y a nada; a todo, cuando Dios lo quiera, y a nada, cuando a Él no le plazca. Estén para con todos y para con todas las cosas a merced del beneplácito divino.

Vivan día por día; aún es demasiado; vivan instante por instante.

Den a Dios el todo por el todo, en lo grande y en lo pequeño.



Renuncien a su propia voluntad

Nunca está más segura un alma de cumplir la voluntad de Dios que cuando no cumple la suya propia; y nunca se siente más libre que cuando se entrega filialmente a la amabilísima voluntad de Dios. Siéntanse felices cuando al terminar el día puedan decir a Dios:

“Dios mío, he renunciado en todo este día a mi voluntad”.

No olviden que un alma interior nunca debe salir por entero de sí misma, sino que ha de estar fija en Dios y en el deber; que ha de hablar interiormente con su maestro y de este modo hallar a Dios entre las criaturas y en medio del mundo.

Con lo cual estarán siempre contentos de Dios y de todo aquello que les hace encontrar a Dios.

Se sentirán entonces alegres, porque Dios llevará a cabo sus quehaceres mejor aún que ustedes.

Siempre serán libres; cuando cambie Dios su trabajo lo aceptarán de buen grado, porque su beneplácito es toda su dicha.

Pido a Dios con toda mi alma que les conceda esa fidelidad invariable en el amor de su amabilísima voluntad; que la consolación o la desolación, la alegría o la tristeza, las criaturas o la falta de ellas no alteren el interior de su alma; que la coloquen por encima de las regiones de las tempestades y variaciones atmosféricas; y que, antes al contrario, todas esas alternativas no originen en ustedes más que un cambio de ejercicio o de acción, quedando su voluntad siempre unida a la santísima voluntad de Dios.

¡Feliz el alma que vive esta vida divina!

Entonces es cuando se comprenden estas ardientes palabras de san Pablo: “¿Qué me separará del amor de Jesucristo? Nada”.

El fruto de la conformidad a la voluntad divina será, ante todo, la paciencia y la igualdad de carácter al exterior, así como la paz en el interior y la generosidad en el obrar.

Un alma que quiere vivir de Dios consulta, ante todo, su santa voluntad, por lo cual teme el consultar primeramente con su corazón, con su propia razón; desconfía de sí misma y para ella el conocimiento de la voluntad de Dios es su ley suprema, su regla invariable y su más alta sabiduría.

Y, por cierto, ¡qué desdichado sería uno sin este consuelo en la tierra de destierro; sería la vida una agonía sin esperanza!

Pero cuando puede uno decir: Cumpló la voluntad de Dios; estoy cierto de que le agrado y le glorifico en mi estado actual, entonces no se desea más que una cosa: ser fiel a la gracia, lo cual viene a constituir el centro, la norma, la alegría y como todo el mundo de un alma.

En todas sus gracias, en todas las virtudes, en todos los estados que pueden ser del agrado de Dios, cumplan siempre y amablemente su santa voluntad de amor, ya que Él busca siempre lo que es más perfecto para nosotros.

Que el sí de su corazón sea su única respuesta. Tengan entendido que un acto de generosa entrega vale más que mil actos de virtud ejecutados por propio arbitrio.



Con el Santísimo por calles

Más de 3.000 católicos, muchos de ellos jóvenes, dieron testimonio de Cristo Sacramentado, por las concurridas del centro neoyorkino.



El Instituto Napa organizó por tercer año consecutivo una procesión eucarística en el centro de Nueva York, en la que – de acuerdo con información extraoficial – participaron alrededor de tres mil católicos.

La misa y procesión eucarística fue parte de la Conferencia de Emprendimiento con Principios 2023 del grupo, y fue celebrada del 10 al 11 de octubre pasado en The Metropolitan Club de Nueva York.

“Marcharon con reverencia mientras el Cuerpo de Cristo, alojado en

una custodia dorada, era transportado en alto por las concurridas calles de Manhattan, pasando justo frente al histórico Radio City Music Hall”, informó el sitio National Catholic Register.

La misa fue celebrada por el padre Mike Schmitz de la Diócesis de Duluth, conocido como y presentador de podcasts católicos, tras la cual dio inicio de la procesión en la Catedral de San Patricio, sede de la Arquidiócesis de Nueva York. En la misma participaron decenas de sacerdotes de dife-



de Manhattan



Marcharon con reverencia mientras el Cuerpo de Cristo, alojado en una custodia dorada, era transportado en alto y acompañado por miles de ciudadanos.

Participaron decenas de sacerdotes de diferentes partes de EEUU, así como el Edmund Whalen, obispo auxiliar de Nueva York.

rentes partes de Estados Unidos, así como el Edmund Whalen, obispo auxiliar de Nueva York.

“Tenemos corazones que son un desastre [...] No tenemos la clase de corazón que pueda amarlo como se merece [...] cada uno de nosotros es pecador y necesitamos que Jesús nos rescate”, dijo el padre Schmitz durante la misa en la catedral.

El padre Schmitz dijo al citado sitio católico que a veces duda que sea buena idea procesar la Eucaristía al aire libre en espacios públicos, ya que muchos espectadores pueden reaccionar con incomprensión, indiferencia o incluso odio.

“No quiero tenderles una embosca-

da con el Señor [...] La mayoría de la gente no tendrá idea de lo que estamos haciendo”, sin embargo, dijo que tras reflexionar más concluyó que “es lo que tenemos que hacer”.

El sacerdote recordó a Jesús cargando su cruz durante su pasión; en ese momento era “desapercibido, incomprendido u odiado”, pero aun así continuó.

La procesión se dio un par de días antes de que Nueva York anuncie el refuerzo de sus medidas de seguridad ante el llamado del grupo Hamás a manifestaciones masivas a favor de Palestina tras el ataque a Franja de Gaza que denotó la guerra con Israel. (www.yucatan.com.mx/mundo/Agencias)



La Comunión nos une al Corazón del Salvador

La Eucaristía es el alimento esencial en la vida de un adorador.



Si alguna vez sentimos que nuestro cuerpo se debilita, sin dilación le proporcionamos manjares sustanciosos que lo reconfortan. El manjar por excelencia que restituye las fuerzas espirituales es la Eucaristía.

Nuestra sensibilidad, tan inclinada a la sensualidad y a la pereza, tiene gran necesidad de ser vivificada por el contacto del cuerpo virginal de Cristo, que por amor nuestro sufrió los más terribles tormentos. Nuestro espíritu siempre inclinado a la soberbia, a la inconsideración, al olvido de las verdades fundamentales, a la idiotez espiritual, tiene gran necesidad de ser esclarecido por el contacto de la inteligencia soberanamente luminosa del Salvador, que es “el camino, la verdad y la vida”. También nuestra voluntad tiene sus fallas; está falta de energías y está helada porque no tiene amor. Y

ése es el principio de todas sus debilidades. ¿Quién será capaz de devolverle ese ardor, esa llama esencial para que siempre vaya hacia arriba en lugar de descender? El contacto con el Corazón Eucarístico de Jesús, ardiente horno de caridad, y con su voluntad, incommoviblemente fija en el bien, y fuente de mérito de infinito valor. De su plenitud hemos de recibir todos, gracia tras gracia. Tal es la necesidad en que nos encontramos de esta unión con el Salvador, que es el principal efecto de la comunión.

Si viviéramos firmemente persuadidos de que la Eucaristía es el alimento esencial y siempre necesario de nuestras almas, ni un solo momento dejaríamos de sentir esa hambre espiritual, que se echa de ver en todos los santos.

Fuente: P. Réginald Garrigou-Lagrange, Las tres edades de la vida interior

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Visitas a Jesús Sacramentado

Oh Jesús:
Te adoro como a mi Dios.
Te obedezco como a mi Señor.
Te amo como a mi Padre.
Te temo como a mi Juez.
Te pido como a mi Dador.
Te doy gracias como
a mi Bienhechor.

Ojos de Jesús, miradme.
Labios de Jesús, habládmeme.
Oídos de Jesús, escuchádmeme.
Pies de Jesús, seguidme.
Manos de Jesús, llevádmeme.
Corazón de Jesús,
acógeme e inflámame.

Oh Jesús:
Palabra del Padre, enséñame.
Pan del cielo, aliméntame.
Fuente de aguas vivas, refrigérame.
Luz celestial, alumbrádmeme.
Vía segura, llévame.
Puerta de paraíso, admítame.

Oh Jesús:
Yo te amo porque no te aman.
Te consuelo porque te contristan.
Te alabo porque te blasfeman.
Te recuerdo porque te olvidan.

Te reconozco porque te ignoran.
Te visito y quiero recibirte
porque de Ti se alejan.

Oh Jesús:
Tu sagrario me recuerda
la cueva de Belén; ¡qué pobreza!
El taller de Nazaret; ¡qué humildad!
El cenáculo de Jerusalén;
¡qué caridad!
El calabozo de Caifás;
¡qué humillación!
El Pretorio de Pilato; ¡qué torturas!
El sepulcro del calvario;
¡qué anonadamiento!

Oh Jesús:
Estoy triste; consuélame.
Estoy enfermo; sáname.
Estoy hambriento; sácíame.
Estoy necesitado; remédíame.
Estoy caído; levántame.
He pecado; perdóname.

Oh Jesús, yo te veo en el sagrario:
Callando: ¡qué silencio!
Orando: ¡qué recogimiento!
Humillándote: ¡qué abajamiento!
Esperando: ¡qué aguante!
Obedeciendo: ¡qué rendimiento!
Entregándote: ¡qué dignación!



ADORADORES

Santos eucarísticos: 7, San Ambrosio

Prepararse para comulgar

San Ambrosio es un importante teólogo y orador y uno de los 35 doctores de la Iglesia católica. Eucaristía, pecado, perdón, son palabras claves en su doctrina eucarística.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana, y en la preparación para recibir la Sagrada Comunión, es importante dedicar un tiempo a la reflexión y a la oración en agradecimiento a Dios. Entre las oraciones recomendadas para este momento, destaca la Oración de San Ambrosio, conocida también como la Oración de preparación para la Comunión.

El santo, un destacado teólogo y obispo de Milán en el siglo IV, es recordado por su profunda enseñanza sobre la Eucaristía. En su honor, la Iglesia adoptó esta oración como una forma de profundizar nuestro amor por Cristo y de preparar nuestros corazones para recibirlo dignamente en la Eucaristía.

La oración es una expresión de arrepentimiento y de humildad ante Dios,

reconociendo nuestros pecados y nuestros errores, y pidiendo perdón y misericordia. Asimismo, es una petición para que el Señor nos fortalezca y nos llene de su gracia, para que podamos amarlo y servirlo cada vez mejor. Es una oración breve pero muy intensa, y se recomienda que sea recitada antes de la Santa Misa como una forma de prepararse para la Comunión. A continuación la oración completa:

Señor mío Jesucristo, me acerco a tu altar lleno de temor por mis pecados, pero también lleno de confianza porque estoy seguro de tu misericordia.

Tengo conciencia de que mis pecados son muchos y de que no he sabido dominar mi corazón y mi lengua. Por eso, Señor de bondad y de poder, con mis miserias y temores me acer-



Breve biografía

Ambrosio de origen alemán y educado en Roma, en el 374 fue elegido obispo de Milán. Defendió los derechos de la Iglesia y, con sus escritos y su actividad, ilustró la doctrina verdadera, combatida por los arrianos. Murió en el 397, y es uno de los cuatro doctores de la Iglesia. Compuso numerosos himnos e introdujo en occidente el canto alternado de los salmos.



co a Ti, fuente de misericordia y de perdón; vengo a refugiarme en Ti, que has dado la vida por salvarme, antes de que llegues como juez a pedirme cuentas.

Señor no me da vergüenza descubrirte a Ti mis llagas. Me dan miedo mis pecados, cuyo número y magnitud sólo Tú conoces; pero confío en tu infinita misericordia.

Señor mío Jesucristo, Rey eterno, Dios y hombre verdadero, mírame con amor, pues quisiste hacerte hombre para morir por nosotros. Escúchame, pues espero en Ti. Ten compasión de mis pecados y miserias, Tú que eres fuente inagotable de amor.

Te adoro, Señor, porque diste tu vida en la Cruz y te ofreciste en ella como Redentor por todos los hombres y especialmente por mi. Adoro Señor, la sangre preciosa que brotó de tus heridas y ha purificado al mundo de sus pecados.

Mira, Señor, a este pobre pecador, creado y redimido por Ti. Me arrepiento de mis pecados y propongo corregir sus consecuencias. Purifícame de todas mis maldades para que pueda recibir menos indignamente tu sagrada comunión. Que tu Cuerpo y tu Sangre me ayuden, Señor, a obtener de Ti el perdón de mis pecados y la satisfacción de mis culpas; me libren de mis malos pensamientos, renueven en mi los sentimientos santos, me impulsen a cumplir tu voluntad y me protejan en todo peligro de alma y cuerpo. Amén.

Esta sencilla oración nos lleva a poner a Dios en el centro de nuestra vida, pidiéndole fortaleza para resistir las tentaciones del mundo y para vivir con mayor fidelidad a su voluntad. Al



En su honor, la Iglesia adoptó esta oración como una forma de profundizar nuestro amor por Cristo y de preparar nuestros corazones para recibirlo dignamente en la Eucaristía.

mismo tiempo, nos recuerda nuestra pertenencia a la Iglesia y la importancia de mantenernos unidos en la fe y en el amor de Dios. Es una buena forma de prepararnos para la Comunión, pues nos invita a reconocer nuestra pequeñez y nuestra dependencia de Dios. (Agencias)